



**Universidad**  
Zaragoza

## Trabajo Fin de Grado

Análisis de la utopía liberal en la obra de Karl Polanyi.

Analysis of the liberal utopia in the work of Karl Polanyi.

Autor/es

Maialen Goikoetxea Berdonces

Director/es

Jose Luis López de Lizaga

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

2015/2016

## **ÍNDICE**

**1.- Introducción – p.2**

**2.- La gran transformación –p.6**

2.1. Sociedad de mercado –p.10

2.2. Las mercancías ficticias, núcleo del nuevo sistema–p.12

2.3. El doble movimiento como motor de una civilización –p.15

2.4. Racionalismo económico –p.20

**3.- Conclusión –p.26**

**4.- Bibliografía –p.30**

4.1. Obras de Polanyi –p.30

4.2. Otras obras –p.30

## INTRODUCCIÓN

En el presente ensayo expondremos el pensamiento del antropólogo, economista y filósofo austriaco Karl Polanyi (1886-1964). Sus obras, que creemos aún de gran importancia, fueron escritas principalmente entre los años 1930 y 1960, arrojaron una nueva perspectiva en la lectura de la historia económica europea.

Pretendemos desarrollar dicho análisis centrándonos principalmente en lo que Polanyi llama «mercancías ficticias» y «doble movimiento» de la sociedad. Nos parece importante también el énfasis que hace una determinada manera de comprender el intervencionismo –como algo antinatural respecto al desarrollo del libre mercado- y los intereses detrás de tal interpretación. La tesis principal del autor es que la economía ha sido artificialmente separada de la sociedad, ganando cada vez más autonomía de manera tal que ha quedado como figura de autoridad en el devenir de la sociedad. Polanyi critica una suerte de reduccionismo económico miope que consiste en acudir exclusivamente a la dimensión económica –separada artificialmente- para explicar, justificar o predecir el movimiento de la sociedad en general y el progreso social en particular, ignorando y menospreciando un tipo de perspectiva precisamente social. Este enfoque, criticado por nuestro autor, mientras que en negativo obstaculizó una visión más holística de la crisis social que acaecía en los años 30, en positivo se reprodujo mediante herramientas teóricas que innegablemente afectaron a la propia forma de entender el mundo, la historia, la sociedad y el propio ser humano. Valga la siguiente cita para resumir brevemente lo que desarrollaremos más adelante:

“La característica fundamental del sistema económico del siglo diecinueve fue que se había separado institucionalmente del resto de la sociedad. En una economía de mercado, la producción y distribución de bienes materiales se lleva a cabo mediante un sistema autorregulador de mercados, regido por sus propias leyes de la oferta y la demanda, que se basan en dos simples motivos: el temor al hambre y el deseo de ganancia. Este orden institucional queda así separado de las instituciones no económicas de la sociedad: la organización de parentesco y los sistemas políticos y religiosos. Ni los lazos de sangre, ni las obligaciones legales, ni los mandamientos religiosos, ni la lealtad ni la magia crearon situaciones sociológicamente definidas que aseguraran la participación de los individuos en el sistema, sino que fueron instituciones como la propiedad

privada de los medios de producción o el sistema de salarios las que se definieron en términos puramente económicos.”<sup>1</sup>

Una vez establecido este marco, tres son las nociones centrales –e interconectadas– en el análisis de *La gran transformación*: las mercancías ficticias, el doble movimiento de la sociedad y la racionalización de la economía. Polanyi se vale de estas nociones para justificar por qué considera el sistema de libre mercado como una utopía: atenta contra la misma sustancia humana.

Por una parte, considera que el sistema mercantil se basa en el establecimiento de tres mercancías: el dinero, la mano de obra y la tierra. El establecerlas como mercancías, es otro de los procesos por los que la economía, y todo lo relacionado a ella, prevalece sobre cualquier otro ámbito. Considerar la mano de obra como mercancía es considerar al propio ser humano como tal. Se consigue así denigrar la propia naturaleza humana a un átomo más del sistema mercantil, se subyuga a éste.

Por otra parte, analiza el doble movimiento en el devenir de la sociedad. Había sido ya considerado por los teóricos liberales como algo negativo al desarrollo y progreso del sistema de mercado, pero Polanyi subraya su importancia como protector de la sociedad: ante cada nueva medida mercantil, surgían medidas sociales que protegerían la sociedad de la economización. Mediante el doble movimiento Polanyi subraya dos cuestiones interesantes: por una parte, el intervencionismo ha sido criticado desde la teoría liberal por ir en contra de la naturaleza del mercado autorregulado, por no dejar que sus “leyes naturales” funcionaran libremente, pero no se tiene en cuenta la intervenciones que fueron necesarias, en primer lugar para instaurar tal sistema. De esta forma vuelve a remarcar el carácter artificial del mercado como sistema universal y los intereses ocultos detrás de teorías, pensamientos y conceptos mismos. Por otra parte, queda patente la definición parcial de clase que se ha manejado. La clase social se definió como clase económica, de forma que tanto teorías liberales como marxistas entendieron las fuerzas y luchas históricas en términos, de nuevo, puramente económicos. Sin embargo, la clase es algo mucho más que lo meramente económico, está atravesada por otras muchas determinaciones, y hay que entender éstas como determinaciones sociales. Si entendemos los antagonismos y alianzas de clase por motivos puramente económicos, no entenderemos los fenómenos sociales e históricos.

---

<sup>1</sup> POLANYI, K. *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona, 1994, p.121.

Y es que, debido a que la clase no es meramente económica que fue posible la confluencia de diferentes fuerzas para poder crear instituciones o parámetros que obstaculizaran el progreso peligrosamente desenfrenado del libre mercado.

Introduciremos en el primer apartado el análisis que hace Polanyi de la crisis humana en la que su civilización está inmersa. Para ello, el autor trabaja al comienzo de *La gran transformación* las instituciones en las que la civilización del siglo XIX estaba fundada, siendo, según su análisis, una civilización única por comprender una institución única en la historia: el sistema de mercados autorregulados. El autor considera este sistema utópico puesto que una sociedad tal no puede realizarse sin dañar profundamente las instituciones sociales y políticas que sustentan la sociedad. Esto es, efectivamente, lo que había ocurrido a comienzos del siglo XX, la sociedad de mercado explotó en una enorme crisis económica, política y social, dando lugar a la crisis de 1929, el surgimiento de los fascismos y la Segunda Guerra Mundial. La crisis surge precisamente debido a que una sociedad de mercado no puede funcionar porque, en última instancia, no se puede mercantilizar la sociedad en su totalidad. Explicaremos pues brevemente en qué consistía esta civilización y el estudio histórico y antropológico que hace Polanyi para justificar por qué el sistema de mercados autorregulados es único, y no universal como la teoría liberal pretendía.

“Una vez que el desequilibrio ha adquirido ímpetu solamente la fuerza puede hacerlo desaparecer. Es una perogrullada decir que para asegurar la paz deben eliminarse las causas de la guerra; pero generalmente no se comprende que para hacerlo, el curso de la vida debe ser controlado en su fuente”<sup>2</sup>.

En el primer epígrafe de este apartado estudiaremos cómo fue esto posible – aunque desarrollaremos los elementos más importantes en los siguientes epígrafes– y las consecuencias que tuvo en las vidas concretas. En el segundo epígrafe analizaremos cómo las mercancías ficticias posibilitan la subsunción de la sociedad en la economía, causando así estragos en la sociedad, siendo éstos a su vez ocultados y debilitados por el enfoque economicista que sólo advierte de la explotación de las clases trabajadoras: “no es la explotación económica, como frecuentemente se supone, sino la desintegración del medio cultural de la víctima la causa de la desintegración”<sup>3</sup>. En el tercero, mostraremos

---

<sup>2</sup> POLANYI, K., *La gran transformación*, Fondo de cultura económica, México, 1992, p.24

<sup>3</sup> *Ibidem.* p.218.

que la sociedad se autoprotege en un movimiento contrario a la expansión económica liberal; en el ámbito político se crean legislaciones conocidas como antiliberales –muy a pesar de los liberales, que no dejan de hacer feroces críticas, la política interviene en la economía a través del Estado. Esta crítica al intervencionismo nos hace ver, a su vez, la hipocresía del liberalismo económico y sus tintes ideológicos. A sus ojos, el intervencionismo es contrario a la naturaleza: la economía tiene que poder ser autónoma; pero ante los monopolios coloniales se acepta que haya que intervenir mediante la administración para asegurar el libre comercio. Se forman así los Estados liberales. Polanyi, tras las intervenciones requeridas a partir de la Primera Guerra Mundial –que a su vez, volvieron a instaurar el libre mercado para caer, de nuevo, en una profunda crisis– escribe: “Es inconsciente no reconocer como intervenciones más que aquellas que van en favor de obreros y campesinos. Tal actitud reposa sobre la representación confortable de que las medidas destinadas a la restauración de la situación anterior a la guerra tenían una justificación en sí mismas.”<sup>4</sup> En el último epígrafe, explicaremos la importancia que tiene lo que el autor llama racionalismo económico para que los dos procesos anteriores se den. Decíamos que a ojos del autor el problema fundamental de la civilización del siglo XIX había sido la separación entre economía y sociedad, que ocurría gracias a considerar la acción económica como natural. Polanyi no solo pone en entredicho esta afirmación, sino que la muestra como consecuencia de una completa ignorancia hacia la historia y el conocimiento de sociedades anteriores por una parte, y como consecuencia, pero también fundamento – dejando ver así la propia trampa de una argumentación circular–, del considerar como intervención sólo aquellas medidas hechas a favor de la justicia y derechos sociales. Finalmente, concluiremos recapitulando todo lo expuesto, dándole así una mayor unidad al ensayo e intentando mostrar la importancia del análisis del autor, aún en la actualidad.

---

<sup>4</sup> POLANYI, K. *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing, Madrid, 2014, p.40.

## 1.- LA GRAN TRANSFORMACIÓN

En su obra *La gran transformación*, publicada en 1944, Polanyi analiza la desintegración de la civilización del siglo XIX, civilización que considera acabada tras la Primera Guerra Mundial, puesto que le permitirá entender la crisis humana a la que su propia época se enfrentaba: "...creemos que la situación actual del hombre debe definirse en términos de los orígenes institucionales de las crisis."<sup>5</sup> Esta civilización estaba sustentada por cuatro instituciones: el sistema de equilibrio de poder, el patrón oro internacional, el mercado autorregulado y el Estado liberal. El sistema del balance de poder, garante de la paz entre los Estados liberales, permitió la ausencia de guerras prolongadas y devastadoras entre las grandes potencias a través de complicados equilibrios y a costa de pequeñas guerras. El factor que posibilitó la paz fue la *haute finance*, institución financiera internacional que funcionó como conexión principal entre la organización política y la organización económica mundial dependiente de la posición, la organización y las técnicas de las finanzas internacionales. El patrón oro internacional establecía una medida común para las distintas monedas. Era una institución económica que funcionaba dentro de un mecanismo social, y había sido el último pilar de la sociedad del siglo XIX. Junto con las instituciones financieras fue el lazo invisible entre la desintegración y la transformación de toda una civilización. El mercado autorregulado, que funcionaba a su vez a escala internacional, fue la fuente y matriz de este sistema, produjo un bienestar material sin precedente, originando una civilización específica. Estas instituciones pueden ser clasificadas o definidas en equilibrio como o bien dos instituciones económicas y dos políticas, o bien como dos instituciones nacionales y dos internacionales. Polanyi es consciente de que una civilización entera no es reducible a cuatro instituciones, pero precisamente considera que ésta es única por girar sobre un mecanismo institucional definido. Dentro de este mecanismo, será fundamental el patrón oro, puesto que su caída fue la causa mediata de la catástrofe: se sacrificaron todas las demás instituciones en un vano esfuerzo por salvarlo: "Era la realidad invisible a que podía aferrarse la voluntad de vivir, cuando la humanidad se dedicó a la tarea de restaurar su existencia que se desmoronaba"<sup>6</sup>. "Pero el fracaso del patrón oro apenas hizo otra cosa que fijar la fecha de un acontecimiento que era demasiado grande para haber sido causado por él."<sup>7</sup> El acontecimiento del que

---

<sup>5</sup> *La gran transformación*, Op. Cit, p.19.

<sup>6</sup> *Ibidem.*, p.49.

<sup>7</sup> *Ibidem.*, p.51.

habla Polanyi es efectivamente la completa destrucción de las instituciones nacionales del siglo XIX, que ocurrió paralelamente al fracaso de la economía mundial, pero considera que fue precisamente el mercado autorregulado el causante de ello, por ser el origen de una nueva civilización específica. Es precisamente la desintegración del sistema la causa de que Polanyi considere el sistema de mercado como utópico: su propia dinámica autodestructiva es incompatible con la sostenibilidad de la vida social, y es ésta la razón por la que la sociedad de la primera mitad del siglo XX se encontrará en una profunda crisis humana.

El surgimiento del mercado como nueva institución específica del sistema económico será el causante de la nueva civilización según este diagnóstico, sistema que organiza la totalidad de nuestra sociedad. En otras sociedades la economía se inscribe dentro de las propias relaciones sociales. La economía no deja de ser necesaria para estas formas de vida pero, en contra de la hipótesis del liberal Adam Smith, no están basadas en una suerte de mercado previo al nuestro –cuyo funcionamiento sería el del trueque. No es que el trueque sea inexistente, es sencillamente que aparece como una relación más entre otras tantas relaciones, sin prevalecer ni imponerse en ningún caso, y conformándose con la mera integración subordinada, como medio y no como fin en sí mismo. En palabras de nuestro autor:

“El gran descubrimiento de la reciente investigación histórica y antropológica es que la economía humana está sumergida por regla general en las relaciones sociales de los hombres. El hombre no actúa para salvaguardar sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, sino para salvaguardar su posición social, sus derechos sociales. El hombre calcula los bienes materiales sólo en la medida en que sirvan a este fin. Ni el proceso de producción ni la distribución se conectan a los intereses específicos ligados a la posesión de bienes.”<sup>8</sup>

Estas sociedades no se caracterizan por albergar una extendida motivación del beneficio económico por sí mismo, ni se rigen por el principio costes-beneficios, ni mucho menos encontramos institución económica independiente alguna que condicione las relaciones sociales. El sistema económico no hace sino cumplir una de las funciones

---

<sup>8</sup> *Ibidem.*, p.56. Esta cita se refiere a los análisis antropológicos antes dichos, si bien es totalmente inscribible a la propia tesis del autor, la cual irá desarrollando, justificando y matizando en lo que sigue la obra.

de la organización social. Hablamos de un sistema que toma varias formas, combinándose éstas entre sí. Pueden ser resumidas<sup>9</sup> de la siguiente manera:

Formas de integración	Estructuras institucionalizadas	Aplicación	Principios de comportamiento
Reciprocidad	Simetría	Organización social	Sustento familiar
Redistribución	Centralidad	Comunidad territorial	Entrega de bienes a la autoridad Don/ contradon
Actividad hogareña	Grupo cerrado autárquico	Familia/ parentesco	producción para uso propio
Intercambio	Mercado regulado/ autorregulado	Economía de mercado	Lucro individual/ regateo

La motivación pensada por economistas clásicos como Smith había sido evidenciada como esencial en el siglo XIX: su ontología básica es que el ser humano es *homo economicus* y, por tanto, busca beneficio. El beneficio pasa a ser la manera de entender las relaciones sociales en su totalidad y el mecanismo que pondrá en movimiento el sistema de mercados autorregulados. Todos los ámbitos de la sociedad se entienden desde esta propensión<sup>10</sup>, que funciona como una suerte de profecía autocumplida, denunciada por Polanyi con gran énfasis: “retrospectivamente puede decirse que jamás una mala interpretación del pasado resultó tan acertada al profetizar el futuro.”<sup>11</sup> En otras sociedades, el sistema económico no cumple más que una entre otras funciones de la organización social.

Polanyi analiza con detenimiento las sociedades tribales<sup>12</sup>, las cuales a su vez arrojan luz y refuerzan sus argumentaciones. En esa misma dirección hace también un análisis de lo que ocurría en la Europa Occidental hasta el final del feudalismo –esto es,

<sup>9</sup> Es ésta una ampliación y modificación propia de la tabla que muestra C.Prieto en “Karl Polanyi: crítica al mercado, crítica a la economía”, *Política y Sociedad*, 21 (1996), Madrid pp. 23-34.

<sup>10</sup> Se sientan las bases para lo que posteriormente ocurrirá –tendencialmente–, y que otro historiador de la economía como Wallerstein llamó «mercantilización de todas las cosas».

<sup>11</sup> *La gran transformación*, Op. Cit, p.71.

<sup>12</sup> Se vincula así, en cierto sentido, a la “moda” estructuralista de remitirse a imágenes o prácticas tribales para dar explicación a los acontecimientos contemporáneos, debidos a los descubrimientos de Marcel Mauss y otros antropólogos. Polanyi se basa fundamentalmente en los trabajos de Malinowski y de Thurnwald. Sin embargo, sobre todo en *El sustento del hombre*, se detendrá en las formas feudales y antiguas de la economía.

que el mercado no era fundamental en la economía, ni razón de ella. Los frailes organizaban mercados por razones religiosas, la economía feudal seguía criterios tradicionales, los *kwakitul* lo hacía por razones de honor<sup>13</sup>, etc. En una palabra, de nuevo: la economía no regía la sociedad, sino que era una forma específica de organizar y manifestar tal sociedad. La organización de la economía al margen de las relaciones sociales, es decir, fundamentalmente de las relaciones de parentesco, era inconcebible en las sociedades primitivas<sup>14</sup>. Este sistema toma varias formas –reciprocidad, redistribución, actividad hogareña e intercambio–, así como combinaciones de cada una de ellas, pero ninguna de ellas se considera independiente la sociedad misma, ni mucho menos ésta depende de ellas. En pocas palabras, la reciprocidad funcionaba principalmente con respecto a la organización sexual de la sociedad, es decir, la familia y el parentesco, y tenía un carácter territorial, por lo que salvaguardaba el sostenimiento familiar. La redestribución consistía en la recolección y almacenamiento de todos los productos de la aldea en un solo lugar, pero si tenemos en cuenta que la actividad comunal se concretaba alrededor de las fiestas, y que en ciertas culturas unas tribus se invitaban unos a otros, podemos ver como “esas funciones de un sistema económico propiamente dicho son totalmente absorbidas por las experiencias intensamente vividas que ofrecen motivación no económica superabundante para cada acto realizado dentro de la estructura social como un todo.”<sup>15</sup> El tercer principio, la administración doméstica, consistía en la producción para el propio uso, lo que los antiguos griegos llamarían economía. Por último, el intercambio, consistente en la compra-venta de los productos y central en nuestra economía actual, en las sociedades antiguas quedaría integrado dentro de los anteriores principios que combinándose formaban los sistemas económicos antiguos.

En opinión de Polanyi Adam Smith marcó el final de una era inaugurada por los inventores del Estado: Thomas Moro, Maquiavelo, Lutero y Calvin. El siglo XIX había sido caracterizado por el descubrimiento de una sociedad, por parte de autores como Ricardo o Hegel, que sometía al estado a sus propias leyes. Desde este contexto Smith defendió que la economía política debía ser una ciencia humana, es decir, había que tratar lo natural en el hombre: la economía. En adelante se tomarían los análisis de

---

<sup>13</sup> “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado” en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p.334. El autor analiza detenidamente este tipo de sociedades y economías en las tres obras que trabajamos aquí, sin embargo, para un análisis más profundo habría que acudir a *El sustento del hombre*.

<sup>14</sup> *El sustento del hombre*, Op. Cit., p.129.

<sup>15</sup> *Ibidem.*, p.77.

los liberales, de manera que “un nuevo modo de vida se extendió por el planeta con una pretensión de universalidad sin paralelo desde la época en que el cristianismo inició su carrera, sólo que esta vez el movimiento se desarrollaba en un plano puramente material.”<sup>16</sup>

## 2.1 Sociedad de mercado

Partiendo de estas consideraciones el autor afirma que una economía de mercado sólo puede funcionar en una sociedad de mercado. La economía de mercado se constituye debido al sistema de mercados autorregulados: es un sistema económico controlado, regulado y dirigido sólo por los mercados, es decir, es una economía dirigida por los precios del mercado y nada más que por ellos: “una economía de mercado es un sistema económico controlado, regulado y dirigido sólo por los mercados; el orden en la producción y la distribución de bienes se encomienda a este mecanismo autorregulado”<sup>17</sup>. La sociedad de mercado será aquella sociedad dirigida por la economía de mercado. Será asimismo una nueva forma de representación de lo social: el ámbito económico, o el mercado, será el que regule la sociedad, y no el ámbito político, o el contrato, como en las demás civilizaciones. El liberalismo económico trató de construir todo un aparato institucional vertebrado por el sistema de mercados que controlara lo social. La sociedad se transforma porque la economía de mercado implica un cambio en el motivo de la acción por parte de los miembros de la sociedad, el motivo de la subsistencia operante, por ejemplo, en una sociedad agrícola, pasa a ser sustituido por el motivo de la ganancia, por lo que todas las transacciones devienen transacciones monetarias, siendo necesaria la introducción de un modo de cambio en cada articulación de la vida industrial<sup>18</sup>. En este sistema todo funciona por transacciones monetarias, por la compra-venta y lo esencial de él es que una vez establecido debe funcionar sin interferencias externas, se deja que los precios se regulen a sí mismos. Esta transformación no es debida al surgimiento de los mercados, ya existentes en civilizaciones anteriores, sino en la organización social en torno a éstos. Los mercados son instituciones que funcionan fuera de la economía, son lugares de encuentro del comercio a larga distancia, y son a su vez el origen de las ciudades. En las sociedades

---

<sup>16</sup> *Ibidem.*, p.187.

<sup>17</sup> *La gran transformación*, Op. Cit., p.77 [subrayado mío].

<sup>18</sup> *Ibidem*, p.68.

anteriores los mercados eran accesorios de la vida económica; la economía queda así dirigida solamente por los precios del mercado.

“Todos los ingresos deben derivarse de la venta de una cosa u otra cosa, y cualquiera que sea la fuente real de ingresos de una persona, debe ser considerada como resultante de la venta. No otra cosa está implicada en el término ‘sistema de mercado’, con el cual designamos la estructura institucional descrita. Pero la peculiaridad más sorprendente del sistema reside en el hecho de que, una vez establecido, debe permitirse su funcionamiento sin injerencia externa. Las ganancias no son garantizadas ya, y el comerciante debe hacer sus ganancias en el mercado. Debe dejarse que los precios se regulen a sí mismos. Tal sistema autorregulador de mercados constituye lo que significamos al decir economía de mercado”<sup>19</sup>.

La tesis de Polanyi es que el sistema de mercados sólo funciona si opera con pretensión de exclusividad. En un sistema en el que la economía no fuera reducida al mercado, el mercado no estaría autorregulado puesto que otros muchos factores operarían en la sociedad como ocurría en los sistemas económicos anteriores. Para que el sistema de mercado funcione como tal, la economía tiene que constituirse como institución separada de la sociedad, puesto que, como hemos explicado anteriormente, el mercado no significa en sí una nueva forma de sistema económico mientras la economía siga inmersa como parte de la sociedad. Sólo si la economía se constituye como institución independiente, podrá el mercado ser garante de tal institución. Pero para que esto ocurra, a su vez, la sociedad tiene que adaptarse a la institución mercantil. Si para que el sistema de mercado funcione ni el precio, ni el suministro, ni la demanda deben ser fijados o regulados, el contacto entre vendedores y compradores, que no es más que otra forma de llamar al mercado, pasa a depender de este mecanismo. La sociedad entera pasa a depender de las transacciones compra-venta. En un sistema tal, la sociedad es relegada por la economía, la autorregulación prima sobre cualquier otra relación, llegando a destruir así todo lo que sea un obstáculo en su camino. El sistema de mercado transforma así la sustancia natural y humana de la sociedad en mercancías, alterando las relaciones humanas y aniquilando el medio natural en el que éstas se dan.

---

<sup>19</sup> *Ibidem.*, p.68.

“Porque una vez que el sistema económico está organizado en instituciones separadas, basadas en motivos específicos y que confieren una situación especial, la sociedad debe ser moldeada en forma tal que permita funcionar al sistema de acuerdo con sus propias leyes. Este es el significado de la afirmación familiar de que una economía mercantil solamente puede funcionar en una sociedad mercantil”<sup>20</sup>.

De esta manera podemos entrever por qué Polanyi asegura que la historia económica ortodoxa –tanto el liberalismo como el marxismo– ha exagerado la importancia de los mercados como tales. Ambas corrientes se centraron casi por exclusivo en el carácter económico de la sociedad, analizaron la sociedad en su conjunto –los problemas y dificultades de cada época, así como el desarrollo y progreso social– desde el análisis de la economía, juzgando de este modo acontecimientos sociales en clave económica. Sin embargo, negaron la importancia del análisis de la economía primitiva –Polanyi pone de manifiesto que será Max Weber el primero en resaltar su importancia–, permitiéndoles así asegurar la existencia del *homo economicus*, y olvidándose de que, por lo general, la economía queda reducida en sus relaciones sociales, es decir, que el sistema económico está regido por motivos no económicos, o al menos, no exclusivamente económicos.

## 2.2. Las mercancías ficticias, núcleo del nuevo sistema

Desde el punto de vista de nuestro autor, la civilización del siglo XIX –y después la del XX– entró en crisis debido a la separación efectiva entre sociedad y economía. Esta separación se dio gracias a un nuevo elemento en el engranaje social: el sistema de mercado autorregulado. Tal sistema, como hemos visto, exige la mercantilización total de la sociedad, incluyendo las mismas relaciones sociales y formas de vida: “una economía mercantil solamente puede existir en una sociedad mercantil”<sup>21</sup>, y para que esto ocurra, el mecanismo que desarrolla el mercado es el de conseguir su enraizamiento a la vida industrial a través del concepto mercancía. Polanyi desvela aquí –siendo éste uno de los puntos principales de su argumentación– el carácter ficticio de este concepto: lo característico de este mercado es que sus bases

---

<sup>20</sup> *Ibidem.*, p.90.

<sup>21</sup> *Ibidem.*, p.111.

mercantiles son ficticias –entendida la mercancía como algo que se produce para su venta. Como hemos expuesto, para que la separación entre sociedad y economía se efectúe, se aíslan ciertos elementos, de manera que ya no interactúen de forma natural, sino mediante la mediación de la institución de mercado. Las tres mercancías fundamentales en este proceso serán la tierra, el trabajo y el dinero.

“La producción mecánica en una sociedad comercial entraña, en efecto, una transformación no menor que la de la sustancia natural y humana de la sociedad en artículos de consumo. La conclusión, aunque extraña, es inevitable; nada menos podrá servir; evidentemente, la dislocación causada por tales artificios debe alterar las relaciones humanas y amenazar con la aniquilación del medio natural”<sup>22</sup>.

La mano de obra, la tierra y el dinero, elementos esenciales de la industria, se organizan en dichos mercados. Ahora bien, una mercancía es algo que es producido para su venta, y éstas, o no son producidas o no deberían estar en venta<sup>23</sup>. Pertenecen a la sociedad, a la cultura o a la naturaleza humana. En la época preindustrial, en la que, recordemos, la economía es otra de las funciones vitales de la sociedad, eran inherentes a la vida, a grandes rasgos: se vivía, se trabajaba, se establecían las relaciones sociales en la tierra y mediante ella; la mano de obra o trabajo era otra de las formas de relacionarse y vivir; y finalmente el dinero era una forma de pago. La economía se entendía como diferentes relaciones, en ningún caso la ganancia o beneficio era la motivación por la que se trabajaba o trabajaba la tierra, ni el dinero era un fin en sí mismo, sino que era el garante de cubrir las necesidades básicas mediante su intercambio. Introduciendo estas nuevas mercancías, que provenían de la industria, al sistema de mercado, se introduce el sistema fabril en la sociedad comercial. De esta manera se crea la sociedad de mercado, es decir, se subordina la sustancia misma de la sociedad a las leyes del mercado<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup>*Ibidem.*, p.69.

<sup>23</sup>Existe una posible crítica a esto: Polanyi se basa en una determinada definición para tachar a de ficticias a estas mercancías, definición que podría variar –de hecho Marx la define en algunos lugares como algo diferenciado en sí mismo– (cfr. Colombo, O., “Karl Polanyi y el problema de los mercados”, *Historia antigua*, 26, Ediciones Universidad de Salamanca, 2008, pp. 221-236. Respondemos a esto que la importancia no radica en el que sean ficticias o no, sino en lo que quiere decir mediante este término: el que estos elementos de la sociedad hayan pasado a ser aislados de ésta para quedar controlados bajo una lógica económica de compra-venta absolutamente devastadora para esta sociedad.

<sup>24</sup> *La gran transformación*, Op. Cit., p.111.

Las tres mercancías ficticias se inscriben dentro de tres dominios con sus propios precios: salario, renta e interés respectivamente. “Separar al hombre del suelo significaba la disolución del organismo económico en sus elementos, de forma que cada elemento pudiera ajustarse a aquella parte del sistema en el que fuese más útil”<sup>25</sup>. Esta lógica causa que toda la sociedad deba estar subordinada a las necesidades del sistema de mercado. Nace así “una sociedad económica, es decir, una comunidad humana basada en el supuesto de que la sociedad sólo depende de bienes materiales para su existencia”<sup>26</sup>.

Si bien Polanyi le da importancia a las tres mercancías ficticias que antes hemos introducido, a nuestro entender, el trabajo –sin dejar de tener en cuenta que según el autor la tierra y el trabajo están unidos, por lo que los análisis de éstos como mercancías están a su vez estrechamente relacionados– es lo primordial en la separación entre la esfera política-social y la económica, por lo menos en la línea en la que desarrollamos este ensayo, algo que, a su vez creemos, no es contrario a la perspectiva polanyiana. Por lo tanto, intentaremos mostrar aquí la relevancia de tal mercancía así como su desarrollo, dejando las otras dos en la anterior explicación superficial<sup>27</sup>.

“El comercio mundial significaba ahora la organización de la vida en el planeta bajo un mercado autorregulado que incluía la mano de obra, la tierra y el dinero, con el patrón oro como el guardián de esta automatización gigantesca. Naciones y pueblos eran simples muñecos en un espectáculo que escapaba por completo de su control”<sup>28</sup>.

---

<sup>25</sup> *Ibidem.*, p.248.

<sup>26</sup>“La tendencia hacia una sociedad integrada” en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p.322.

<sup>27</sup> Nos gustaría ejemplificar lo hasta ahora expuesto con el colonialismo: en la época del imperialismo la industria y el sistema de mercado se expande a las colonias y la gravedad del peligro que corre la sociedad se acentúa: culturas ajena a Occidente son subsumidas bajo este sistema parasitario. También en las colonias, y quizás, con mayor claridad, las estructuras sociales son destruidas para extraer de ellas el elemento del trabajo, y el nivel de las condiciones de trabajo descienden: “el imperialismo económico fue principalmente una lucha entre las potencias por el privilegio de extender su comercio a mercados políticamente no protegidos.” (*Ibidem.*, p.292) En esta coyuntura, y para poder llevarla adelante, aparece el patrón oro, puesto que, aunque vital para el comercio interior, el dinero simbólico no podía funcionar a nivel internacional –cobra fuerza aquí el papel del banco central como regulador de la economía interior y exterior–. El dinero pasa de ser medio de pago a medio de cambio, así, el patrón oro, que no es controlado por el gobierno, convierte el dinero en mercancía: el patrón oro jugaría un papel central en el desarrollo económico internacional. Polanyi lo desarrolla sobre todo en los capítulos XVI, XVII y XIX de *La gran transformación*. El Imperialismo no fue otra cosa que una lucha entre potencias para extender su comercio hacia mercados que, sin instituciones e instrumentos políticos para protegerse del sistema monetario y de la economía mundial, quedaban políticamente desprotegidos y sus sociedades destruidas.

<sup>28</sup> *Ibidem.*, p.217.

Como hemos apuntado, dado que la mano de obra o trabajo son otra forma de llamar a la vida de la gente común –pensemos, como mejor ejemplo, en los campesinos–, la consecuencia de la separación del trabajo de estas actividades de la vida fue la aniquilación de las formas orgánicas de existencia y su sustitución por una organización atomizada. La propia organización de la sociedad quedó trastocada, convirtiendo ésta en un accesorio de la economía. La división del trabajo<sup>29</sup> organizó el sistema fabril de manera eficaz y competitiva, de forma que salvaguardaba la autorregulación mediante mercados competitivos independientes.

En este punto es interesante traer la perspectiva weberiana: *a grosso modo* se podría decir que Weber, siguiendo la estela de Marx, considera que los medios de producción son aislados de los trabajadores y dejan de estar bajo su control. De esta manera, mediante las exigencias técnicas de la producción industrial desarrollada, los individuos quedan reducidos a piezas de una gran maquinaria. A esto se le suma la fragmentación del proceso de producción en tareas muy simples y acotadas, que pueden llevar a cabo sujetos *intercambiables*. Debido a esto la producción se racionaliza, y sólo se mide bajo la lógica del cálculo de pérdidas y beneficios. Bajo el análisis polanyiano encontramos un giro más en esta perspectiva. La mano de obra mercantilizada deja de ser directamente controlada por los empresarios capitalistas. El mercado se autorregula bajo la creencia de que el afán de ganancia es intrínseco a la naturaleza del ser humano, por una parte; y por otra, se introduce el hambre como elemento coercitivo<sup>30</sup>. Este elemento se introduce apelando a la naturaleza: autores como Thomas Malthus defenderán que la sociedad económica está basada en la dura realidad de la Naturaleza: si hay paz, la gente no muere por la guerra, por lo que es intrínseco a la paz morir de hambre, y para evitarlo, habrá que participar en el sistema de mercados autorregulados: se aísla un elemento natural para valerse de él como motivación de ganancia. Decíamos más arriba cómo las teorías liberales habían afectado al propio desarrollo de toda una civilización. Como veremos más adelante, naturalizaron la economía, hasta el punto de defender al ser humano como esencialmente económico. Ahora bien, entendieron la economía fundamentada en un modelo en la que los sujetos toman decisiones conforme

<sup>29</sup> Polanyi apunta que la división del trabajo existía ya en otras civilizaciones. Pero, a diferencia de esta civilización particular en la que la división es debida al mercado, en las demás culturas dependía del sexo, geografía, dotes individuales etc.

<sup>30</sup> La visión en este punto de Oscar Wilde se acerca a la de Polanyi: “Hasta ahora, el hombre ha sido, hasta cierto punto, un esclavo de la maquinaria, y el hecho de que empezara a pasar hambre tan pronto como inventó una máquina para hacer su trabajo tiene algo de trágico.” WILDE, O., *La importancia de ser socialista*, Rey Lear, Madrid, 2011, p.42.

a una racionalidad determinada a través de equilibrios de oferta y demanda, a su vez determinados por otros agentes económicos, a saber, los mercados. Éstos se mueven por la norma de obtener reducción de los costes y maximización de la ganancia. El principal problema de este pensamiento es que se universaliza, haciendo creer que este concepto de economización ha funcionado en todas las civilizaciones durante la historia. Se equipara la economía a la naturaleza, y se introducen elementos naturales, aislados, en el sistema económico.

### **2.3. El doble movimiento como motor de una civilización**

Uno de los puntos fuertes de la argumentación de *La gran transformación* es la teoría del doble movimiento en el devenir de la sociedad. Como venimos diciendo, la historia reciente se caracteriza por los efectos derivados de las tensiones que se fueron formando entre economía y sociedad. El *laissez-faire* era insostenible desde el punto de vista humano, y aun así, seguía imponiéndose. Esto se debía a que los teóricos liberales, cuyas mente, según el autor, “habitualmente dejaban de percibir el verdadero carácter del mundo en el que estaban viviendo”<sup>31</sup>, creían que éste era un desarrollo natural y, aunque llegaran a ver un movimiento opuesto, una legislación anti *laissez-faire*; éste se consideraba nacido a partir de una conspiración colectivista e iba en contra del proceso de transformación, que por ser natural, era legítimo<sup>32</sup>. Polanyi, que sostiene que “apenas existe una suposición antropológica o sociológica –sea explícita o implícita–, contenida en el liberalismo económico que no haya sido refutada”<sup>33</sup>, defiende esta especie de doble movimiento en el devenir de la sociedad, pero en el sentido contrario. El autor del que beberá Polanyi, Robert Owen –socialista cooperativista–, al contrario que los

---

<sup>31</sup> *La gran transformación*, Op. Cit., p.275.

<sup>32</sup> “Cuando hacia 1870 se inició en Europa un movimiento proteccionista general –social y nacional– ¿quién puede dudar de que dificultó y restringió el comercio? ¿Quién puede dudar de que las leyes fabriles, la seguridad social, el comercio municipal, los servicios sanitarios, servicios públicos, tarifas, primas y subsidios, carteles y trusts, embargos a la inmigración, a los movimientos de capital, a las importaciones –sin hablar de las restricciones menos claras en los movimientos de hombres, artículos y pagos–, deben haber actuado como otros obstáculos para el funcionamiento del sistema competitivo, disminuyendo el comercio y perjudicando gravemente al mecanismo autorregulador del mercado? El origen de todo el mal, insisten los liberales, fue precisamente esa injerencia en la libertad de ocupación, comercio y divisas practicada por las diversas escuelas de proteccionismo social, nacional y monopolista desde el tercer cuarto del siglo XIX; de no haber sido por la desdichada alianza de los sindicatos y partidos obreros con los fabricantes monopolistas y los intereses agrarios que en su codicia ciega unieron sus fuerzas para frustrar la libertad económica, el mundo estaría hoy disfrutando de los frutos de un sistema casi automático de crear el bienestar material”. *Ibidem.*, p.203.

<sup>33</sup> *Ibidem.*, p.85.

liberales, avanzó mucho en el análisis de la sociedad industrial: quiso hacer una distinción clara entre sociedad y Estado, considerando a la primera como formadora de carácter y esperaba del segundo que su papel fuera la intervención destinada a evitar daños a la sociedad. Vio asimismo que lo que parecía un problema económico era en realidad social: económicamente se vivía mejor que antes, por lo que era necesaria una intervención en el sistema económico para asegurar el bien de la sociedad. Nuestro autor no sólo defenderá la necesidad de intervenir en la economía para proteger la sociedad, sino que denunciará la estigmatización de este movimiento como antinatural o artificial, cuando ciertamente, el sistema de mercados autorregulados fue un sistema que necesitó de regulaciones, variaciones, leyes y un largo etc. para poder imponerse. Es decir, la economía de mercado nunca fue un proceso natural, sino que fue el resultado de una acción estatal deliberada. Como prueba de ello tenemos a todos los teóricos liberales y utilitaristas, con Bentham a la cabeza<sup>34</sup>, quienes defendían la sustitución de la acción parlamentaria por la acción de órganos administrativos: la introducción de mercados libres frente a los arreglos monopólicos, paradójicamente, exigió mayor intervención y control para regular que éste funcionara libremente. La autorregulación del mercado, por tanto, no es tal, sino que por el contrario, es una regulación estatal.

No obstante, el autor defiende la existencia de un movimiento natural, espontáneo para proteger la sociedad, ante lo que él denomina la utopía de un mercado autorregulado, una protección contra las regulaciones económicas, frenando así la expansión total de los mercados y de la economización de la vida: “la sociedad del siglo XVIII se opuso inconscientemente a todos los intentos de convertirla en un simple apéndice del mercado”.<sup>35</sup> En este punto Polanyi vuelve a situarse en contra del análisis ortodoxo: liberales y marxistas, cegados por la perspectiva clasista, que sólo entiende la clase como algo económico y no social, obstruyeron la visión global de la sociedad de mercado a largo plazo y, en consecuencia, la función misma del proteccionismo. Está claro que conforme avanzaba el sistema de mercado las tensiones inherentes entre las clases ya constituidas se hacían más graves. Y, en esta guerra de intereses, las armas antagónicas fueron la política y la economía, las cuales, no hay que olvidar, son funciones vitales de la sociedad. La sociedad se desmoronaba.

---

<sup>34</sup>“Para el utilitario característico, el liberalismo económico era un proyecto social que debía ponerse en rigor para la mayor felicidad del mayor número; el *laissez-faire* no era un método para el logro de algo, sino lo logrado”. *Ibidem.*, p. 145.

<sup>35</sup> *Ibidem.*, p.117.

“Se ha abierto un foso entre la economía y la política. Ese es, en palabras secas, el diagnóstico de esta época. Economía y política, esas dos formas de vida de la sociedad, se han vuelto autónomas y se hacen la guerra incesantemente; se han convertido en consignas en cuyo nombre los partidos políticos y las clases económicas expresan sus conflictos de intereses. (...) La izquierda se enraíza en la democracia, y la derecha en la economía. Es precisamente así como la relación disfuncional entre *economía y política se despliega en una polaridad catastrófica.*”<sup>36</sup>

El problema con la teoría clasista, que considera la historia como historia económica cuyo motor es la lucha de clases –sea esta lucha entendida como lucha por lograr intereses egoístas o lucha por la justicia social–, es que se queda anticuada tras la Revolución industrial y sus efectos: diversas culturas separadas –tras el imperialismo muchísimas más–, pero todas ellas industriales, con diferentes valores centrales, éstos incommensurables. El antagonismo proletariado/burguesía o burguesía/aristocracia –más campesinado uniéndose a un polo u otro– se queda corto ante este panorama: “la suerte de las clases se determina por las necesidades de la sociedad con frecuencia mucho mayor de lo que ocurre cuando la suerte de la sociedad se determina por las necesidades de las clases.”<sup>37</sup> Polanyi sustenta esta afirmación defendiendo que los intereses de clase no ofrecen una explicación de ningún proceso social de desarrollo prolongado por una parte, y denunciado como falsa doctrina el considerar las clases como esencialmente económicas. Los intereses de una clase son mucho más sociales que económicos; una clase es la posición, el rango en la sociedad, la calidad de vida y seguridad de la que se disfruta, en último término, una forma de vida. El movimiento protector de la sociedad no es causado por tanto por ninguna clase económica –aunque sí puede verse influenciado por ella– sino por las sustancias sociales amenazadas por el mercado.

Si nos apoyamos en lo que realmente sucedió en la Inglaterra del siglo XIX encontramos tres clases en la comunidad mercantil: por un lado la burguesía que defendía el sistema de mercado, por otro la aristocracia feudal que defendían lo social, así como el proletariado industrial. Debido a un choque de clases, las respuestas a la crisis eran mutuamente excluyentes, lo que llevaría a confrontaciones, por lo que una revolución de clase no era la respuesta, sino una solución fatal: “A menos que la

---

<sup>36</sup>“Economía y democracia”, en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p. 53[subrayado mío].

<sup>37</sup>*Ibidem.*, p.212.

alternativa al arreglo social sea un hundimiento en la destrucción total, ninguna clase crudamente egoísta podrá mantenerse en la delantera”<sup>38</sup>. Descartamos pues esta perspectiva y, sin embargo, podemos seguir afirmando este movimiento de autoprotección. Como afirma Polanyi, “nada oscurece nuestra visión social tan efectivamente como el prejuicio economicista”<sup>39</sup>, la visión economicista impidió ver este movimiento y por lo tanto, reforzarlo. Pero que existiera prueba que las clases son de hecho clases sociales; precisamente porque el mercado amenazaba a los intereses sociales y no los económicos, personas de diferentes estratos económicos unieron fuerzas en contra de la expansión del mercado autorregulado, consiguiendo así ciertas libertades y mejoras en la calidad de vida:

“Spencer las adujo [leyes para asegurar cierta calidad de vida de los trabajadores] como otras tantas pruebas irrefutables de una conspiración antiliberal. Y sin embargo cada una de esas leyes trataba algún problema ordinado par las condiciones industriales modernas y tenía por objeto proteger algún interés público de los peligros inherentes en tales condiciones o, por lo menos, en el método empleado por el mercado para tratarlas. Para el espíritu imparcial demostraron la naturaleza puramente práctica y pragmática del contramovimiento «colectivista». La mayoría de los que llevaron a la práctica esas medidas fueron partidarios convencidos del *laissez faire*, (...) los patrocinadores de esas medidas legislativas fueron por regla general opositores intransigentes del socialismo o de cualquier otra forma de colectivismo”.<sup>40</sup>

Aunque unas clases económicas tuvieran más importancia que otras, el movimiento antiliberal fue social y no de clase. La razón de ello es que la introducción de las mercancías ficticias estaba teniendo efectos muy adversos para las formas de vida. Los desastres ocurridos en la sociedad se han venido midiendo, comparando o asemejando a fenómenos económicos. Es decir, se han medido en cifras y beneficios. Esto es un gran error para nuestro autor. Las calamidades sociales son un fenómeno que afecta directamente a los ciudadanos, es decir, a la vida misma. La causa de la degradación no es –o no sólo es– la explotación económica sino la desintegración la

---

<sup>38</sup> *La gran transformación*, Op. Cit., p.160.

<sup>39</sup> *Ibidem.*, p.163.

<sup>40</sup> *Ibidem.* p. 205. En *La gran transformación* (*Ibidem.*, pp.185-308) encontramos varios ejemplos que sustentan esto, uno de ellos: “La Ley de las diez horas de 1847, que Karl Marx aclamara como la primera victoria del socialismo, fue obra de reaccionarios ilustrados.”, p.225.

forma de relacionarse y vivir –de nuevo, el ejemplo más claro es el de los campesinos: que tras la Revolución industrial pasan de ser campesinos asentados a migrantes sin recursos, abandonados a su suerte. Esto es debido al daño letal que la mercantilización causa a las instituciones donde está incorporada la existencia social. Ya Robert Owen advertía de este *vacío cultural* que se produce e introduce externamente en tales instituciones mediante el sistema de mercado. Ahora bien, la degradación no es sólo debida al cambio de la estructura institucional, sino a su ritmo: de él depende la adaptación de la sociedad sin dañar fatalmente su sustancia humana, sin embargo, “las verdades elementales de la ciencia política y de gobierno fueron desacreditadas primero y luego olvidadas”<sup>41</sup>.

## 2.4. Racionalismo económico

En *El sustento del hombre* o en “La economía como actividad institucionalizada”<sup>42</sup> encontramos concretada la crítica a lo que nuestro autor llama racionalismo económico, que en *La gran transformación* simplemente se entreveía. En estos textos Polanyi vuelve a arremeter contra la ciega confianza en el mercado autorregulado, en la tecnología y en el progreso. Nuestro autor está receloso, pero es consciente de las ventajas y mejoras que trae la tecnología. Critica las “soluciones fáciles” a los problemas sociales, que según el autor son aquellas soluciones económicas que confian plenamente en el progreso y la tecnologización, y que juegan, por tanto, con mayor ventaja que las soluciones sociales a largo plazo:

“Tampoco el progreso tecnológico debería ser convertido en ídolo al que sacrificar ciegamente la moralidad y la felicidad humana. Pero, por otra parte, elevar el primitivismo al rango de moralidad y huir de la tecnología refugiándose en una caverna neolítica, es una forma de desesperación que ignora la irreversibilidad del progreso.”<sup>43</sup>

No es la razón en sí misma la que lleva a la desnaturalización del ser humano, sino la falta de sentido común –que por otra parte, es otra de las formas de la razón. El liberalismo es una corriente de rápidos en la que la civilización del siglo XIX cayó y no

---

<sup>41</sup> *Ibidem.*, p.59.

<sup>42</sup> En *Los límites del mercado*, Op. Cit., pp.187-222.

<sup>43</sup> *El sustento del hombre*, Op. Cit., p.64.

supo salir. Hubiera sido tan fácil como aferrarse a una roca y, saltando de una a otra, salir del río para caminar junto a él. Más despacio, pero sin peligro alguno. Eventualmente, fue posible trepar a alguna de ellas, pero las embestidas de las olas lo devolvían todo a la corriente. Hasta que el sistema de mercado devino en ideología hegemónica y ya no se pudieron ver las rocas.

Defendemos aquí que para que esta fe ciega se diera tanto en la técnica como en la industria, fueron necesarios ciertos mecanismos o herramientas teóricas. Es decir, se definió y defendió la economía como algo muy concreto que acabó afectando a cómo se comprendía la actividad económica y con ella, la misma sociedad. En este punto es importante hacer notar las dos definiciones de economía que Polanyi recupera: las definiciones, conceptualizaciones y categorías que utilizaron los teóricos afectarían de hecho tanto al análisis como al desarrollo mismo del sistema económico y con él, de la sociedad. Distingue entre la definición formal y la definición substantiva<sup>44</sup>, la primera se refiere al carácter lógico de las relaciones entre medios y fines, y es relacionable con la escasez. La segunda, sin embargo, apela a la sociedad, a los hechos empíricos, simplemente señala que el ser humano no puede subsistir sin un entorno físico que lo sustente; está motivada por la circulación de personas y cosas y depende de la cadena de trabajo, del tiempo, del espacio, etc., es decir, se refiere a una actividad concebida como una praxis cultural, institucionalizada de diversas formas<sup>45</sup>. El error que señala el autor es el que las Ciencias Sociales no distingan entre estas definiciones, de manera que es “fácil” caer en la “falacia económica”, a saber, identificar la economía humana con su forma de mercado, mantenido a través de la noción de escasez: el temor al hambre del obrero y el deseo de ganancia del patrón.<sup>46</sup> La raíz del error se encontraría en que no se discutió en ningún momento cual era el significado de “hombre económico”<sup>47</sup>, se abandonó el concepto substantivo de la economía por el formal, deformando así la definición misma de economía. En las páginas ya citadas Polanyi muestra mediante ejemplos, por una parte, que la escasez no es la motivación de lo económico, pero también, que la fórmula de obtener mayor satisfacción a través del uso racional de

---

<sup>44</sup> *El sustento del hombre*, Op. Cit., pp. 91-106.

<sup>45</sup> *Ibidem.*, p.47.

<sup>46</sup> *Ibidem.*, p.83.

<sup>47</sup> Como hemos apuntado algo más arriba, Polanyi no niega el valor de la economía en el ser humano y en tanto que siempre se relaciona con su entorno etc. considera la imposibilidad de un hombre a-económico. Ahora bien, como desarrollaremos en este apartado “hombre económico” se refiere a la definición formal de economía, es decir, a que el ser humano se relaciona naturalmente mediante mercados, y esto es algo que nuestro autor negará rotundamente.

medios insuficientes no es algo exclusivo de la economía. Distingue además entre medios escasos y medios insuficientes: la insuficiencia no crea por sí escasez. La escasez aparece cuando nos encontramos ante medios insuficientes y la obligación de elegir: “si uno no tiene bastante de algo, puede pasar sin ello. Para que haya elección, los medios, además de ser insuficientes, deben tener también un uso alternativo; y tiene que haber más de un fin, así como una escala de preferencias entre ellos”<sup>48</sup>.

En este proceso de identificación de la economía con su definición formal, como ya hemos dicho, el autor identifica el factor hambre como uno de los factores centrales mediante los que se empezó a entender la economía. De nuevo, se aísla un elemento natural y se usa como medio para intensificar la motivación al trabajo, a la adquisición, a lo material. El hambre pasa a ser un elemento puramente económico, y el miedo a este intensifica la esclavitud a un sistema mercantil basado en la adquisición material. En último término, bajo el supuesto de la tensión hambre-ganancia, se acaba entendiendo al ser humano como esencialmente económico, el hombre económico es ahora el hombre real, y así, el sistema económico pasa a ser la sociedad real.

“A partir de entonces cobró cuerpo la creencia universal de que no había suficiente para todos; a veces como proposición de sentido común sobre la naturaleza limitada de la oferta, otras como un postulado filosóficamente temerario sobre la naturaleza ilimitada de las necesidades y deseos individuales. Pero en ambos casos, mientras dicha afirmación proclamaba ser empírica, no era más que una aserción dogmática que tapaba una definición arbitraria y una circunstancia histórica específica. Una vez que el ser humano quedaba circunscrito a ser «un individuo del mercado», la proposición a la que aludimos era fácil de justificar. De todos sus deseos y necesidades, el hombre sólo podía satisfacer aquellos relacionados con el dinero a través de la adquisición de cosas brindadas por el mercado; los propios deseos y las necesidades quedaron limitados a los de los individuos aislados”<sup>49</sup>.

Según el análisis del autor, en el capitalismo los individuos son entidades autónomas abandonadas a sí mismas. Esta construcción del “individuo capitalista” pasa por las lógicas del racionalismo económico, que había colocado como premisa lógica la

---

<sup>48</sup> *Ibidem.*, p.100.

<sup>49</sup> *Ibidem.*, p.101.

escasez, de manera que cada individuo lucha por abastecerse a sí mismo: “hacer de la sociedad un conjunto de átomos y de cada individuo un átomo que se comporta según los principios del racionalismo económico, colocaría el total de la existencia humana, con toda su riqueza y profundidad, en el esquema referencial del mercado.”<sup>50</sup> Pero es causado a su vez debido a la mercantilización del trabajo: “separar al trabajo de otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del mercado fue aniquilar todas las formas orgánicas de la existencia y reemplazarlas por un tipo diferente de organización atomística e individualista”.<sup>51</sup> Este tipo de organización requiere además que en la práctica queden liquidadas las organizaciones no contractuales de parentesco, vecindad y profesión: éstas exigen la lealtad del individuo y restringen su libertad.

Como ya hemos dicho, la filosofía liberal no había entendido la importancia del ritmo de un cambio debido a la “acción corrosiva de un crudo utilitarismo combinado con una aceptación irreflexiva de las supuestas virtudes autocurativas del crecimiento inconsciente.”<sup>52</sup> Pero tales supuestas virtudes resultaron ser una mera suposición, y la sociedad se desmoronó. Cuando la tensión explotó en una guerra mundial devastadora, los Estados liberales emergieron de nuevo e intervinieron. Y, desaprovechado, en palabras del autor, la lección más prominente de los últimos decenios, intervinieron para volver a instaurar el libre comercio y, junto a él, sobrevino una enorme crisis mundial hasta entonces nunca vista. Es más, las lógicas del liberalismo económico traerían “el triunfo del racionalismo económico, e inevitablemente el eclipse del pensamiento político.”<sup>53</sup>

Polanyi muestra así la contingencia histórica de la mentalidad de mercado que, sin embargo, gracias a herramientas teóricas, crea un imaginario compuesto por prejuicios economicistas que se van cumpliendo, dotándoles de una pretendida universalidad. Esta argumentación es, no obstante, circular: se definen y crean categorías primero, se aplican éstas a una forma determinada de economía, creada a su vez por el propio aparato conceptual. Se entiende entonces que tales conceptos funcionan –pero no se tiene en cuenta que ambos procesos son paralelos: la creación de conceptos y categorías y la creación del sistema– y se lee toda la historia económica desde éstos, desfigurando así el propio concepto de lo económico, pero que a su vez, legitima el sistema del que

---

<sup>50</sup> *Ibidem.*, p.86.

<sup>51</sup> *La Gran Transformación*, Op. Cit., p.229.

<sup>52</sup> *Ibidem.*, p.81.

<sup>53</sup> *El sustento del hombre*, Op. Cit., p.87.

las categorías habían surgido en primer lugar. De esta forma se configura una subjetividad basada en la economía, es decir, una conciencia que encuentra preeminencia absoluta de lo económico en toda sociedad humana.

“Afirmar que los hábitos y costumbres de la sociedad de mercado tienden a ir acompañados de un cierto tipo de razonamiento económico, es enteramente compatible con el más absoluto rechazo de la visión ilusoria del predominio eterno del factor económico en los asuntos humanos. El siglo diecinueve, que universalizó el mercado, experimentó el determinismo económico en su vida diaria y se inclinó a presumir que tal determinismo era eterno y general. Su dogmatismo materialista con respecto a los hombres y la sociedad reflejaba las instituciones que conformaron su entorno. Afirmar que tales nociones centradas obsesivamente en lo económico, reflejando unas condiciones temporales, resultan un obstáculo para la solución de problemas más amplios (...) es, simplemente, mostrar lo evidente”<sup>54</sup>

Polanyi denuncia además que este tipo de racionalismo económico no fue motor únicamente de las teorías liberales, sino que el marxismo ortodoxo también pecó de ello, de manera que ninguna teoría político-económica de la época pudo captar lo que realmente estaba sucediendo, a saber, la mercantilización artificial de las propias formas de vida, y con ello, la destrucción de las mismas. Como exponíamos al inicio de epígrafe, una de las causas de que esto ocurriera fue el identificar la economía únicamente con su aspecto formal. Dentro de estas coordenadas, economizar sería sinónimo de maximizar –obtener el máximo resultado de los propios medios. Polanyi denuncia la pretendida neutralidad del verbo economizar, pues precisamente el discurso liberal apela a una supuesta universalidad, cuando la maximización es simplemente una manera muy específica de entender culturalmente lo económico. Es a esto a lo que llamará falacia económica.

Polanyi no sólo quiere recuperar el significado substantivo o real, que la teoría económica había conseguido olvidar, sino que defiende que sólo éste puede proporcionarnos los parámetros para estudiar todas las economías que existieron y existen. Por esto mismo, el hecho de que la historia económica sucumbiera a la confusión de ambos términos no puede desvincularse de la construcción de discursos

---

<sup>54</sup> *Ibidem.*, p.63.

legitimadores de la sociedad de mercado. La cual se vio puesta en práctica con el efectivo desarrollo de una economía controlada enteramente por un sistema de mercados formadores de precios<sup>55</sup>. Con ello, se dio pie a un proceso histórico real en el que una determinada acción economizadora fue ocupando todas las áreas de lo social – que en su origen no estaban vertebradas por tal racionalidad<sup>56</sup>.

“El racionalismo económico del que somos herederos postula un tipo de acción esencialmente económica. En esta perspectiva, el actor (un hombre, familia, una sociedad entera) se le presenta como enfrentado a un entorno natural que se resiste a proporcionar sus elementos vitales para el sustento humano. La acción económica –o, más exactamente, la acción economizadora, la esencia de la racionalidad– se considera, pues, como una forma de disponer el tiempo y la energía para que en esta relación entre el hombre y la naturaleza se alcance un máximo de objetivos, y la economía se convierte en el terreno en el que se desarrolla dicha acción. Por supuesto, se admite que en realidad el funcionamiento de esta economía puede estar sometido a la influencia multiforme de otros factores de carácter no económico, ya sean políticos, militares, artísticos o religiosos, pero el meollo de la racionalidad utilitaria sigue siendo el modelo de la economía”<sup>57</sup>.

---

<sup>55</sup> POLO, J., *Examen de la crítica de Karl Polanyi a la totalización económica de la vida humana*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2014, p.134.

<sup>56</sup> *Ibidem.*, p.138.

<sup>57</sup> POLANYI, K. “El lugar de la economía en la sociedad”, en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976, p.285.

### 3.-CONCLUSIÓN

Como ya hemos expuesto, lo que nos interesa de Polanyi es su análisis sobre la historia contemporánea, pero defendemos además el valor de este análisis en el pensamiento político actual. Queremos concluir con una recapitulación de los temas tratados con la intención de esbozar más claramente la línea que hemos seguido. El autor analiza las sociedades primitivas y tribales, para demostrar cómo, en dichas sociedades, la economía no es más que un ámbito de la sociedad, inherente a ella. No aparece como sistema autónomo, independiente del resto de sistemas sociales, hasta la época de la industrialización, en la que, simultáneamente, se establece la definición falsa del ser humano como *homo economicus*. Esta premisa afectará al desarrollo teórico, ya no sólo de los ámbitos pertenecientes a la economía, sino al análisis de la historia y antropología misma, cegando los fenómenos sociales ocurridos a lo largo de los últimos siglos y condicionando una lectura e interpretación concreta de la historia que, a ojos del autor, es errónea. La interpretación del ser humano como esencialmente económico conduce a anteponer cualquier cuestión económica a todos los demás problemas, fenómenos o cuestiones sociales, relegando así las propias formas de vida humanas a un segundo plano, lo que llevará a una enorme crisis social –que, en muchos casos, ni siquiera se lee como crisis social. Como hemos visto, esto ocurrirá con el apoyo de la instauración de la tierra, el trabajo y el dinero como mercancías que sustentarán el sistema y la sociedad de mercado: una sociedad en la que las relaciones humanas se despersonalizan y mercantilizan hasta cosificarse en una mediación impersonal y tecnificada. No obstante, no se conseguirá la mercantilización total de la sociedad gracias a lo que Polanyi llama la autoprotección de la sociedad.

Ahora bien, lo que nuestro autor pone sobre la mesa es algo más: estos procesos son sustentados por lo que él denomina racionalismo económico: por el uso de la razón de forma aislada de la práctica o experiencia para instaurar conceptos sesgados de su total significado de forma que funcionen para instaurar el sistema de mercados autorregulados como premisa misma de la sociedad humana. El uso arbitrario de estos conceptos así como las generalizaciones y el establecimiento arbitrario de universales han generado el ocultamiento de las prioridades humanas o sociales y han generado una crisis en nuestra sociedad. Es precisamente mediante el análisis de la racionalidad aislada de la experiencia como podemos entender la importancia que le da Polanyi a las formas de vida más concretas, a la necesidad de atender la singularidad, a lo concreto de

cada experiencia: si nos basamos en abstracciones la migración del campo a la ciudad se entiende como un nuevo paradigma económico o productivo, un cambio en la sociedad donde el trabajo se concentra en la ciudad y los trabajadores migran en su busca. Si atendemos al significado mismo de la experiencia del campesino que lo abandona todo –ya no solo sus bienes materiales, sino su propia forma de relacionarse con su entorno– para encontrar una vida precaria en la ciudad, es cuando percibimos la catástrofe social.

En el capitalismo el individuo se entiende como átomo o engranaje, y las motivaciones e intereses individuales sirven para establecer, mediante la racionalización económica que inserta la escasez como motivación principal, el paradigma del *homo economicus*. El individuo no es tampoco reducible a miembro de una clase económica, sino que está inscrito en multitudes de relaciones que son las que conforman la sociedad misma. Polanyi no sólo remarcó la importancia de atender a principios no económicos, sino también a la importancia de la experiencia y no sólo de la teoría, denunciando la pretensiones de la racionalización y el universalismo así como los problemas prácticos que surgen de las vaguedades y confusiones teóricas: “el método a utilizar viene dado por la interdependencia entre la razón y la experiencia”<sup>58</sup>. Desde su perspectiva, una mala lectura de la historia del capitalismo llevó a malas políticas, o mejor, a oscurecer la propia práctica política y social.

“Nuestro pensamiento social, enfocado como está en la esfera de lo económico, está por esa misma razón mal preparado para enfrentarse a las necesidades económicas de esta época de cambios. Una sociedad netamente de mercado como la nuestra, tiene que encontrar difícil, si no imposible, apreciar equitativamente las limitaciones de la importancia de lo económico”<sup>59</sup>.

Nuestro autor denuncia el reduccionismo de considerar las clases como meramente económicas, y denuncia asimismo que esta concepción condicionará el pensamiento político. El racionalismo económico, afirma, se abstrae en conceptos, hasta el punto de llegar a definir al propio ser humano como mercancía, sin llegar a atender a la experiencia real, a la singularidad, al individuo concreto que sufre; así, afirma en *El sustento del hombre*:

---

<sup>58</sup> *El sustento del hombre*, Op. Cit., p.71.

<sup>59</sup> *Ibidem.*, p.62.

“La absorción de la economía por los conceptos mercantiles fue tan total que ninguna de las disciplinas sociales pudo escapar a sus efectos. Imperceptiblemente todas ellas se convirtieron en baluartes de los modos de pensamiento económicos.”<sup>60</sup>

Y un poco antes, en la misma obra:

“La postura más correcta es tener cuidado ante las generalizaciones abstractas en cuestiones económicas, ya que tienden a oscurecer y simplificar la trama de situaciones reales, cuando son estas últimas las únicas que deben importarnos.”<sup>61</sup>

Como ya hemos dicho, según nuestro autor, el problema del capitalismo ha sido el separar economía de la política, ambas dimensiones de la sociedad, y la sociedad misma ha quedado relegada a un segundo plano: los desastres ocurridos en la sociedad se han venido midiendo, comparando o asemejando a fenómenos económicos. Polanyi defiende que tanto economía como cultura deberían darse juntas, no sólo como parte de la sociedad sino también de la vida –llegando a afirmar, por ejemplo, que dentro de los derechos laborales no sólo hay que tener en cuenta lo material sino también ciertos aspectos más "espirituales"–, pero por otra parte, su análisis constata la separación institucional –y artificial que ha habido. Ahora bien, es precisamente debido a esta separación efectuada durante los siglos XIX y XX que la "humanidad está en crisis" y es debido a que esta separación es meramente institucional y no real que ciertas estructuras sociales siguen protegiendo ciertos aspectos de la vida. Es por esto que creemos de gran importancia la aportación de Polanyi tanto a la historia socioeconómica como a la filosofía, y pensamos que podría ser una buena base desde donde partir en las polémicas actuales. “Estamos atrapados en un dilema: continuar por la senda de una utopía destinada a la destrucción, o detenerse en el camino y arriesgarnos a perturbar este sistema maravilloso pero extremadamente artificial”.<sup>62</sup>

Considerar que la historia y la historia económica tienen una continuidad orgánica, así como considerar el progreso como crecimiento inconsciente, debilita el poder del ser humano para crear su propia historia, una consideración que iría en

---

<sup>60</sup> *Ibidem*, p.90.

<sup>61</sup> *Ibidem.*, p.64.

<sup>62</sup> “La tendencia hacia una sociedad integrada”, en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p.322.

paralelo de cómo la fe ciega en la razón y en su continuo progreso mina la capacidad del ser humano en restablecer los ideales de la justicia, la ley y la libertad en sus cambiantes instituciones<sup>63</sup>. El análisis del autor muestra que lo económico se localiza en una serie de procesos sociales e institucionales que no son específicamente económicos. No haber reparado en ello, sin embargo, eclipsa tanto la noción de economía misma, como la noción y el pensamiento político, pervirtiendo así estos mismos conceptos de justicia, ley y libertad<sup>64</sup>:

“(...) la justicia y la ley, que formaban parte de la estructura institucional de las primeras sociedades, perdieron su fuerza bajo la organización mercantil de la sociedad. (...) El solipsismo económico generó un concepto insulso de justicia ley y libertad, en nombre del cual la historiografía moderna negó toda credibilidad a los incontables textos antiguos, en los que se declaraba que el fin del estado era el establecimiento de la rectitud, la insistencia en la ley y el mantenimiento de una economía central sin opresión burocrática”.<sup>65</sup>

La apuesta de Polanyi, podríamos decir, es entender la sociedad como algo mayor a la economía y a la política, la sociedad sería el conjunto de todos los elementos o ámbitos humanos.

---

<sup>63</sup> *El sustento del hombre*, Op. Cit. p.71.

<sup>64</sup> *Ibidem.*, p.89.

<sup>65</sup> *Ibidem.*, p.95

## 4.- BIBLIOGRAFÍA

### 4.1. Obras de Polanyi

POLANYI, K.

- *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976,
- *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona, 1994.
- *La gran transformación*, Fondo de cultura económica, México, 1992.
- *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing, Madrid, 2014.

### 4.2. Otras obras

ADORNO, TH. & HORKHEIMER, M., *Dialéctica de la ilustración*, Trotta, Madrid, 1998.

BALL, T., & BELLAMY, R., *Historia del pensamiento político en el siglo XX*, Akal, Madrid, 2013

BATAILLE G., *El estado y el problema del fascismo*, Pre-textos, Valencia, 1993.

BUTLER, J., “El marxismo y lo meramente cultural”, *New Left Review*, 2, (2000), pp.109-129.

- “Las categorías nos dicen más sobre la necesidad de categorizar los cuerpos que sobre los cuerpos mismos”, Entrevista de Daniel Gamper Sachse”, *Violencia de Estado, guerra, resistencia. Por una nueva política de la izquierda*, Katz/CCCB, Barcelona, 2011, pp.47-81.

COLOMBO, O., “Karl Polanyi y el problema de los mercados”, *Historia antigua*, 26 (2008), pp. 221-236.

FRASER., N., “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era postsocialista”, *New Left Review*, 0 (2000), pp.126-155.

FOUCAULT M., *Obras esenciales, Entre filosofía y literatura*, Paidós, Barcelona, 2013.

GUERRA PALMERO, M.J., “Nancy Fraser: la justicia como redistribución, reconocimiento y representación” en Máiz, R., (coord.), *Teorías políticas contemporáneas*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2009, pp.335-364.

MARX, K., *El capital. Tomo I. vol.2. Libro primero. El proceso de producción del capital*, siglo veintiuno, Madrid, 2009.

MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s): la teoría política de Iris Marion Young*, Plaza y Valdés, Madrid, 2012.

PRIETO, C., “Karl Polanyi: crítica al mercado, crítica a la economía”, *Política y Sociedad*, 21 (1996), pp. 23-34.

POLO BLANCO, J., “Capitalismo, fascismo y democracia en la obra de Karl Polanyi. Una encrucijada todavía viva”, , Biblid, nº7 (2014), pp.133-152.

- *Examen de la crítica de Karl Polanyi a la totalización económica de la vida humana*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2014.

RAYNAUD, P./RIALS, A. (eds.), *Diccionario Akal de Filosofía Política*, Akal, Madrid, 2001

WEBER, M. *Economía y sociedad*, FCE, México D.F, 2014.

WILDE, O., *La importancia de ser socialista*, Rey Lear, Madrid, 2011.

YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, Madrid, Cátedra, 2000.